

EL DISCURSO POLÍTICO

Mg. Tina Gardella

(En base al texto “*La palabra adversativa*” de Eliseo Verón)

Para el semiólogo argentino Eliseo Verón,

“...todo acto de enunciación política a la vez es una réplica y supone (o anticipa) una réplica. El imaginario político supone no menos de dos destinatarios: un destinatario positivo y un destinatario negativo. El discurso político se dirige a ambos al mismo tiempo. Otros tipos de discurso (el discurso de la información, la publicidad, el discurso científico, etc.) no presentan esta disociación estructural que presupone la construcción simultánea de un destinatario positivo y un destinatario negativo.”

Al construir su destinatario positivo y su destinatario negativo, el enunciador político entra en relación con ambos. El lazo con el primero reposa en lo que podemos llamar la creencia presupuesta. El destinatario positivo es esa posición que corresponde a un receptor que participa de las mismas ideas, que adhiere a los mismos valores y persigue los mismos objetivos que el enunciador: el destinatario positivo es antes que nada, el partidario. Hablaremos en su caso, de **prodestinatario**. La relación entre el enunciador y el prodestinatario cobra, en el discurso político, la forma de una entidad que llamaremos “colectivo de identificación”. El colectivo de identificación se expresa en el “nosotros” inclusivo. (“*Nosotros, que aceptamos desde un principio los desafíos que suponía llevar adelante los postulados de este proyecto nacional y popular...*”)

El destinatario negativo está, por supuesto, excluido del colectivo de identificación: esta exclusión es la definición misma del destinatario negativo. Al destinatario negativo lo llamaremos **contradestinatario**. El lazo con éste reposa, por parte del enunciador, en la hipótesis de una inversión de la creencia: lo que es verdadero para el enunciador es falso para el contradestinatario e inversamente; o bien: lo que es bueno para el enunciador es malo para el contradestinatario; o bien: lo que es sinceridad para el enunciador es mala fe para el contradestinatario, etc. En verdad, ese “otro” discurso que habita todo discurso político no es otra cosa que la presencia, siempre latente, de la lectura destructiva que define la posición del adversario. (“*Para quienes se enmascaran ahora como progresistas, para aquellos que representan los intereses liberales como lo hicieron en toda su vida política...*”)

Pero el análisis del discurso político en un contexto democrático, revela la presencia de un tercer tipo de destinatario. Este “tercer hombre” resulta de una característica estructural del campo político, la presencia de sectores de la ciudadanía que se mantienen, en cierto modo, “fuera de juego” y que en los procesos electorales son identificados habitualmente como los “indecisos”. En el discurso político tienen el carácter de una hipótesis de suspensión de la creencia. Designaremos esta posición como la posición del **paradestinatario**. Al paradestinatario va dirigido todo lo que en el discurso político es del orden de la persuasión.

Las “funciones” del discurso político son pues múltiples, cosa que con frecuencia se olvida (por ejemplo cuando se comparan las estrategias modernas de comunicación de los partidos políticos con las estrategias publicitarias). El discurso de la publicidad es enteramente del orden de la seducción, persuasión.

El discurso político es un discurso de:

- **refuerzo respecto del prodestinatario**
- **de polémica respecto del contradestinatario**
- **y de persuasión sólo en lo que concierne al paradestinatario.**

En la economía discursiva de los intercambios políticos, las tres funciones son igualmente importantes.

Siguiendo este esquema, podríamos preguntarnos cuáles son nuestros argumentos y con qué matices tonales y actitudes gestuales abordamos a prodestinatarios, contradestinatarios y paradestinatarios, según el contexto particular de la situación comunicativa que nos toque asumir.

Claro que, para que tengan sentido estas diferenciaciones argumentales, tonales y gestuales, deberemos tener convicción y coherencia sincera acerca de nuestras ideas y pensamientos para transformar lo que se anhela transformar y que representa la principal fundamentación de nuestro interés en la actividad política.